

# LIBRO TRIGÉSIMONONO

## LA CANDIDATURA HOHENZOLLERN

(EXTRACTO DE LA OBRA DE M. DE LA GORCE)

- SUMARIO: I.—El segundo imperio y la crisis final: causas generales y causa inmediata del conflicto.
- II.—La Francia después de 1867: diversas políticas que pueden seguirse: política de reivindicación territorial: política de retraimiento satisfecho: política de recogimiento.—Cómo el gobierno imperial vacila entre la política de paz y la política de guerra.—Algunas advertencias: *La France nouvelle* de Prevost-Paradol: el coronel Stoffel y sus informaciones.—Cómo no faltan ni en París ni en Berlín las seguridades pacíficas; incidentes que vienen á desmentir estas seguridades: el Parlamento aduanero; la legión hanoveriana; el Sleswig-Holstein; el discurso de Kiel; los ferrocarriles franco-belgas.
- III.—Cómo esta paz frágil sugiere un doble pensamiento, el de aumentar y transformar el estado militar y el de concertar alianzas.—El estado militar: el mariscal Niel: enumeración de las medidas debidas á su iniciativa: resistencias que encuentra en el ejército, en el Cuerpo legislativo y en el espíritu público.—Muerte de Niel y su reemplazo por el general Leboeuf.—Algunas modificaciones que se introducen en la empresa comenzada.
- IV.—Proyectos de alianza: el Austria: disposiciones favorables del Sr. de Beust; esfuerzos del duque de Gramont, embajador en Viena.—Dificultad inmensa que se manifiesta en cuanto se quiere prescindir de las fórmulas generales y concretar un acuerdo: crueles perplejidades del Austria y refinamiento de su política.—Idea de asociar á Italia á la alianza franco-austriaca: dificultad inextricable de esta alianza de tres.—Cómo quedan en suspenso las negociaciones en Viena y Florencia.
- V.—La Prusia de 1868 á 1870: mezcla de síntomas pacíficos y de invasiones perseverantes: signos contradictorios: el espíritu público: el rey: la familia real: el Sr. de Bismarck.—A pesar de ciertos signos tranquilizadores, el gobierno prusiano lo tiene todo dispuesto para la guerra.—Preparación diplomática: acción en Rusia, en Austria, en Italia y en Inglaterra.—Preparación en Alemania: condición de los Estados medios.—Preparación militar: labor del Sr. de Moltke, y cómo la industria de la guerra es llevada al más alto grado de perfección.
- VI.—Comienzos del año 1870: el ministerio del 2 de enero: cómo y de qué manera desea la paz: el Sr. Daru: su sabio y prudente programa.—En qué esta política estorba al Sr. de Bismarck.—Proyecto de desarme: cómo las disposiciones conocidas de Prusia hacen poco practicable este proyecto: Inglaterra: proposiciones transmitidas por lord Clarendon, y cómo fracasan estas proposiciones.—Nuevos esfuerzos para concertar una alianza austriaca: cómo un viaje del archiduque Alberto á París (marzo de 1870) proporciona un pretexto para nuevas entrevistas: planes militares: el general Lebrun en Viena (junio de 1870): reserva del gobierno austriaco y restricción que pone á su concurso.—Cómo se llega á la época en que estalla el incidente Hohenzollern.
- VII.—Cómo para comprender el incidente Hohenzollern es preciso remontarse á la época de la revolución española (septiembre de 1868).—Formación de un gobierno provisional en Madrid después de la caída de Isabel.—Elecciones: reunión de las Cortes (11 de febrero de 1869).—Gestiones para encontrar un rey.—Primeros rumores de la candidatura de Leopoldo de Hohenzollern-Sigmaringen.—De qué modo se pone en guardia la vigilancia del Sr. Benedetti: conversación con el Sr. Thile (marzo de 1869) y después con el Sr. de Bismarck (mayo de 1869).—La España: candidatura portuguesa, candidatura italiana: negativa y fracaso.—El verano de 1869: preocupaciones é incidentes diversos: cómo el gobierno francés, aunque ya puesto una vez sobre aviso, se abstiene de toda acción en Madrid.—Estado desagradable de España: agitación carlista y republicana.—El Sr. Salazar y Mazaredo: su misterioso viaje al Weinburg (septiembre de 1869): cómo este viaje no da ningún resultado.—Diversas combinaciones.—En qué condiciones comienza para España el año 1870.
- VIII.—El Sr. Salazar en Berlín.—Deliberaciones entre el rey, el príncipe Antonio y sus ministros.—Cómo Leopoldo de Hohenzollern se retira y es substituído por su hermano Federico.—Intrigas é idas y venidas diversas.—Agentes prusianos en España: el mayor de Versen.—Cómo el príncipe Federico declina, á su vez, la corona.
- IX.—Cómo se reanuda la intriga; actividad del mayor de Versen.—Se atan otra vez los «hilos».—Cómo disminuyen las repugnancias del príncipe Leopoldo.—El príncipe real; Bismarck; el rey.—Situación de España.—Cómo Prim no cree que rescite la candidatura Hohenzollern.—Advertencias que recibe de Berlín.—Nueva misión de Salazar: aceptación de Leopoldo: de qué modo el rey la ratifica.—¿Cómo había de hacerse pública la intriga?—¿Convenía apresurar ó retrasar su realización?—Cómo se divulgó el proyecto.
- X.—Cómo se propala el gran asunto en Madrid.—Viva emoción del embajador de Francia; su entrevista con el general Prim en la noche del 2 de julio.
- XI.—Cómo el gobierno del emperador tiene noticia de la candidatura.—El Sr. duque de Gramont: su pasado, su carácter.—Con qué altanería é irritación recibe la noticia.—Su despacho al encargado de Negocios de Francia; entrevista del Sr. le Sourd con el señor de Thile.—Actitud equívoca de Prusia y gran apresuramiento del gobierno español.—Cómo la opinión pública, en un principio bastante indiferente, no tarda en agitarse.—En qué sentido hace el Sr. de Gramont un llamamiento á las potencias: su entrevista con el Sr. de Werther que parte para Ems.
- XII.—Interpelación Cochery.—El consejo de ministros (6 de julio): varias disposiciones; cómo se aprueba el proyecto de declaración.—El Cuerpo legislativo: la sesión: manifiesto del duque de Gramont: demostraciones violentas é irritadas de una parte de la Cámara: cómo algunos ministros se asustan de su triunfo.
- XIII.—Impresión en Francia: el público: la gente de corte; primeras manifestaciones de un patriotismo imprudente y alborotador.—Impresión en Alemania: actitud cautelosa y reservada de Prusia; cómo se arregla y apercebe para explotar nuestras faltas.—Impresión de las potencias: Inglaterra: Rusia: Italia: Austria.

- XIV.—El Sr. Benedetti en Ems: cuán delicada es su misión y cómo las instrucciones recibidas de París aumentan las dificultades en vez de disminuirlas: estado de ánimo del ministro y disposiciones del embajador: primera entrevista del rey con el Sr. Benedetti (9 de julio).—La jornada del 10 de julio en París: impaciencia del duque de Gramont y cómo se afirma en la idea de involucrar en el asunto á la persona del rey: cómo aumenta su irritación el día 11 de julio.—Nueva entrevista del rey y del embajador: impresión del Sr. Benedetti: condición bajo la cual el incidente puede, al parecer, resolverse pacíficamente.—Lo que favorece una solución pacífica: disposiciones de España que, después de haberse precipitado mucho, sienten gran turbación por su temeridad: disposiciones del príncipe Antonio de Hohenzollern, no menos asustado, y qué consejos, de distintas procedencias, parecen haberle apartado de la aventura española.—Se acuerda el desistimiento (12 de julio).
- XV.—Cómo el desistimiento pone término á la primera fase diplomática del incidente Hohenzollern: de qué modo es conocida la noticia en París.—Grande, pero corta alegría.—Comentarios irónicos é irritados de los partidarios de la guerra: interpelación del Sr. Duvernois.—La funesta idea de las *garantías para el porvenir*.—El duque de Gramont: sus disposiciones: su entrevista con el Sr. de Werther; proyecto de una carta de Guillermo al emperador.—El duque de Gramont en el palacio de Saint-Cloud: las garantías: telegramas dirigidos durante la noche al Sr. Benedetti.
- XVI.—Jornada del 13 de julio.—Ems: el rey y el Sr. Benedetti; cómo el rey se niega á toda garantía para el porvenir.—Saint-Cloud: el consejo de ministros: objeciones que algunos ministros hacen á la política de las *garantías*: la mayoría del consejo las aprueba, pero está todavía persuadida de que acaso no determinarán la guerra.—Ems: negativa á conceder nueva audiencia: irritación del rey y causa de la misma.—Berlín: el Sr. de Bismarck: cómo se apercebe á explotar las faltas de Francia: entrevista con lord Loftus.—Despacho llegado de Ems: cómo el Sr. de Bismarck lo adapta á las necesidades de la política belicosa; efecto prodigioso de esta impostura.
- XVII.—Jornada del 14 de julio: deliberaciones ansiosas de los ministros: cómo todo indica tendencias hacia la guerra: noticias llegadas de Berlín y de Ems; partida del Sr. de Werther con licencia.—Últimas exhortaciones de los diplomáticos; última insistencia de los partidarios de la paz.—La movilización.—Idea de un congreso; es acogida como una última esperanza.—Cómo esta esperanza se desvanece y cómo triunfa el partido de la guerra.
- XVIII.—Jornada del 15 de julio: el consejo de ministros: la sesión de la Cámara: lectura del manifiesto que anuncia la guerra: Thiers, Emilio Ollivier, Julio Favre, Buffet.—Petición de comunicación de documentos.—La comisión de los créditos: sus investigaciones incompletas: ponencia del Sr. de Talhouet; cómo la Cámara se deja arrastrar: discurso de Gambetta: votación de los proyectos de ley presentados por el gobierno.
- XIX.—La jornada del 15 de julio en Berlín: manejos del Sr. de Bismarck para desembarazarse de la diplomacia y para sobreexcitar el espíritu público: éxito feliz de estos manejos.
- XX.—Últimas tentativas de arreglo: combinaciones inglesas, rusas, bávaras: cómo se pierden en el tumulto cada vez mayor: cómo se notifica á Berlín el estado de guerra (19 de julio).

### I

A partir de este momento sólo un objeto llena la historia del segundo imperio, LA GUERRA, y ante este recuerdo palidecen todos los demás. Por mucha prisa que tengamos por llegar al desenlace, es preciso que retrocedamos algo, á fin de que pueda apreciarse bien el conjunto y á fin de que aparezca clara la trabazón de los acontecimientos. Esta fase memorable de nuestra existencia nacional se desenvuelve á la manera de un drama; y jamás el arte inventó peripecias más sorprendentes, progresiones mejor encadenadas que las que ofrece la realidad vivida.

En la catástrofe en que se hundió el poderío de Francia, la inteligencia distingue perfectamente las causas generales y remotas que preparan el conflicto, la ocasión que súbitamente lo precipita y, finalmente, el conflicto mismo con sus horrores y sus duelos. Esto impone, para el final de esta obra, un plan perfectamente natural, exigido por el curso mismo de los hechos y que puede seguirse sin la menor desviación. Encontramos primeramente un período de lento desarrollo, lleno de malestar y de incertidumbre, en el que todo se acumula para la lucha, aun en medio de las protestas amistosas y de las seguridades de paz. Después, cuando el tiempo ha colmado la medida de los odios, nace en el momento oportuno el incidente imprevisto (á lo menos para nosotros) que hace que se desborde todo lo que hasta entonces había podido ser á duras penas contenido. Y por último, en un violento acceso de amor propio exasperado, pronúnciase la palabra suprema, la que ninguna prudencia puede atenuar ni refrenar, y la guerra cae sobre la patria como cae al suelo la fruta llegada á su madurez.

### II

El año 1866 había sido para el imperio el año de las grandes aberraciones y también el de los grandes desencantos. En 1867, el soberano había bosquejado un ensayo de compensación; pero siéndole adversas todas las circunstancias, había tenido que abandonar el Luxemburgo, que ya se había hecho medio suyo, y á fuerza de habilidad y de sangre fría había conseguido sacar incólume su honor. La Exposición universal había prolongado en Napoleón la ilusión de la grandeza, en Francia la fe en su preeminencia y en Europa las apariencias de paz. Llegado el otoño, cerráronse las puertas del Campo de Marte y entonces apareció la realidad: no teníamos ninguna alianza que garantizara la seguridad, ni fuerza militar que se impusiera al temor; no había más que faltas en el pasado, fragilidad en el presente, peligro en el porvenir.

El patriotismo lastimado aspiraba á los desquites, y, por el contrario, la especiosa teoría de las nacionalidades aconsejaba que se reconocieran los hechos consumados; de aquí dos políticas muy concretas, pero contrarias: la política de reivindicación territorial, que era la que en un momento de temeridad había reclamado, después de Sadowa, la orilla del Rhin hasta Maguncia, y la política de retraimiento satisfecho, ó sea la que en 16 de septiembre había inspirado la *circular La Valette*. Entre estas dos políticas había una tercera, la única razonable, la única digna de Francia, la *política del recogimiento*, que consistía en huir de todo ruido vano de palabras, en abstenerse de amenazas que sólo podían engendrar peligros, y de apologías que sólo habían de despertar un agradecimiento solapado; en aceptar los tratados sin maldecirlos ni glorificarlos; en ob-



servar á Alemania, aparentando desinteresarse de ella; en reconquistar pacientemente la confianza y la estimación de Europa; en reconcentrarse, aun cuando la espera hubiese de durar cincuenta años; y en no entregar á la merced de ningún incidente lo que quedaba del prestigio nacional. A este precio las faltas tal vez se borrarían. ¿Cuándo, cómo, por qué medios podrían repararse? Era imposible adivinarlo; pero de todos modos el país habría hecho acopio de prudencia y de fuerza por si algún día quería Dios suscitar ocasiones propicias.

No dudo de que el emperador, despertado muy duramente de sus ensueños, deseaba emprender esta senda estrecha, pero sensata y la única libre de abismos; pero el peor castigo de las largas aberraciones es la dificultad de volver al buen camino. El pueblo francés, que había vivido, desde hacía veinte años, de golpes teatrales, ¿toleraría que le privaran de estos espectáculos? Y toda la engañadora escenografía cuyos gastos había pagado ¿no le dejarían cierto sabor de añoranza? El mismo soberano ¿renunciaría á deslumbrar al mundo? ¿Sabría poner tanto cuidado en retraerse como había puesto en ostentarse? ¿Consentiría en trocar su papel de ideólogo coronado por el modesto tren de un príncipe humilde en sus proyectos y en su fortuna? El nuevo estado de cosas había de exigir prudencia en el lenguaje, modestia en los actos y una habilidad consagrada sobre todo á abstenerse, es decir, las cualidades de que carecía Napoleón y de que, aun más que él, carecían sus servidores. Estas circunstancias hacían temer que la política de recogimiento fuese más bien entrevista que adoptada, más bien abrazada por arranques de momento que practicada con perseverancia. Quedaban las otras dos políticas, la que fomentaba los propósitos de compensación ó de conquista y la que aceptaba, hasta con gusto, los hechos consumados: estas dos políticas estaban preñadas de peligros; pero aún había de haber algo más peligroso que seguir francamente una ú otra, y era mezclarlas.

Desgraciadamente esto último fué lo que sucedió: según la impresión ó el capricho, pensóse en luchar sin tregua ó en olvidar magnánimamente, y sucesivamente se hicieron preparativos como para una vela de armas y se destruyó, en parte por cansancio y en parte por apariencia de seguridad, todo lo que se había preparado. Los dos años que precedieron al gran conflicto están llenos de estas contradicciones: la política guerrera inspiró los primitivos rigores de la ley militar, y la política pacífica enmendó el proyecto hasta quitarle toda fuerza; la política guerrera instituyó la guardia móvil, y la política pacífica prohibió que se la organizara; la política guerrera impulsó á los oficiales á entregarse á los estudios estratégicos y llevó á las tropas á los campos de instrucción, pero si el esfuerzo era demasiado intenso y, sobre todo, demasiado aparente, la política pacífica intervenía para suspender aquel movimiento que renacía cuando predominaban otras influencias, para ser nuevamente interrumpido; la política guerrera preparaba las alianzas, y la política pacífica suspendía ó aplazaba la palabra decisiva que había de darles eficacia. En la corte y en el público observábanse los mismos síntomas opuestos: muchas palabras conciliadoras y luego, á intervalos raros, palabras agresivas ó equívo-

cas y perturbadoras disquisiciones sobre las fronteras naturales; y cuáles podían ser estas fronteras naturales sino las orillas del Rhin? Había más bien veleidades que voluntades, más bien impresiones que propósitos, y en todo se observaba una disposición inquieta que se resistía, así á quebrantar como á admitir el fallo del destino. En el Cuerpo legislativo notábanse iguales oscilaciones é incertidumbres: créditos para la defensa nacional no aceptados virilmente ni resueltamente rechazados, sino regateados partida por partida, es decir, una cosa que no servía para el pie de guerra ni para el pie de paz y hecha con previsión bastante para poner en guardia al enemigo, pero no suficiente para conjurar las desgracias futuras. En la prensa, que se vanagloriaba de formar la opinión pública, observábase igual orden: había periódicos pacíficos, había periódicos belicosos y, sobre todo, los había que se mostraban alternativamente una cosa y otra. Mas como sucede siempre en las épocas de malestar universal, el patriotismo tomaba un carácter exagerado en extremo, y el humanitarismo revestía un aspecto de utopía.

De cuándo en cuándo algunas advertencias de luz prodigiosa arrojaron alguna claridad en medio de aquella confusión. Un día, en el verano de 1868, apareció un libro titulado *La France nouvelle*, original de Prevost-Paradol, cuyos tres últimos capítulos descubrieron terroríficas perspectivas. En esta obra considerábase la guerra como inevitable, pues Prusia estaba resuelta á absorber toda la Alemania y Francia no podía tolerar aquel exceso de ambición. «La victoria puede sernos infiel,» añadía Prevost-Paradol, en cual caso «la guerra sería la tumba del poderío francés y nos veríamos reducidos á vivir de nuestra gloria pasada, á figurar de memoria entre las grandes potencias, á fatigar á Europa con los recuerdos de Luis XIV y de Napoleón, del mismo modo que España lanza á las cancillerías indiferentes los nombres de Felipe II y Carlos V.» El cuadro se ensombrecía aún más con la pintura de todo aquello que en nosotros se había debilitado, á saber, la religión, el deber y el pundonor; y una auscultación atenta é implacablemente fiel contaba «los latidos retardados de ese gran corazón de la Francia.» En esta gran disminución de fuerzas materiales y morales iba nuestra patria «á afrontar la prueba más temible á que jamás se había visto sometida.» Los mismos consuelos eran tan frágiles, que en vez de disminuir la idea del peligro la agravaban. «Cuando todo parece perdido, decía Prevost-Paradol, el patriotismo, como el afecto junto al lecho de los seres queridos, debe acogerse á la incertidumbre ordinaria de las cosas humanas para no desesperar todavía.» La conclusión era el llamamiento á las virtudes que salvan á los pueblos y, sobre todo, la urgencia de los supremos sacrificios. Tal era el libro, de claridad profética, escrito con mano firme, pero algo febril, como si el que pintaba el cuadro se hubiera sentido turbado por la intensidad de su propia visión. La lectura de aquellas páginas produjo un violento estremecimiento; pero luego se rechazó la imagen atormentadora como se rechaza la idea de la muerte.

A estas advertencias públicas añádanse los avisos secretos. A principios de 1868 el Sr. Benedetti, embajador en Berlín, enumeró en una larga memoria los recursos y las ambiciones de la Prusia engrandecida: esas

ambiciones, lejos de circunscribirse al Mein, extendíanse á todas las regiones de lengua germánica, y esta observación era tanto más digna de ser tenida en cuenta, cuanto que procedía, no de un diplomático de la antigua escuela, sino de uno de esos hombres que habían visto sin desagrado las últimas transformaciones territoriales. Al mismo tiempo, y también más adelante, llegaron á París otros despachos de carácter mucho más concreto y de mucho más grave alcance; procedían asimismo de Berlín y el que los enviaba era un oficial de nuestro ejército, agregado militar á la embajada de Francia, el coronel Stoffel. Todo lo que podía invocarse para disipar las falsas seguridades, para despertar las prudencias adormecidas, Stoffel lo puso de manifiesto con una perspicacia que nada dejaba en la sombra, con una osadía que nada respetaba. Durante varios años, sucediéronse sus memorias, vibrantes como gritos de alarma. Inmediatamente después de Sadowa, presenta Stoffel á Prusia organizando á su imagen los países anexionados y extendiendo luego sus instituciones militares por toda la Alemania del Norte; el ejército prusiano se le aparece como un instrumento de guerra completamente nuevo, y sin miedo de asustar ó de disgustar, examina las causas que en caso de lucha aumentarían sus probabilidades de triunfo. Tiene aquel ejército en su favor el número, la instrucción, la excelencia de un material de artillería admirable; y, sobre todo, dispone de un estado mayor que no tiene igual en Europa. «Desconfiemos del estado mayor prusiano;» con esta frase termina uno de sus despachos. La guerra está demasiado enlazada con la política para que sea fácil separar una de otra, y por esto en ciertos momentos las memorias militares invaden el terreno de la correspondencia diplomática: en Baden, en Wurtemberg, en la misma Baviera, denúncianse ya las prolongaciones de Prusia, y á medida que el tiempo pasa las alarmas aumentan: «En Francia, escribe en 22 de julio de 1868 nuestro agregado militar, se vive en la más completa ignorancia de todo lo que concierne á Prusia.» «Sólo comenzamos á preocuparnos, dice en otra ocasión Stoffel; y en cambio esta nación suspicaz enérgica, sin escrúpulos, cuyas fronteras avanzan hasta nueve jornadas de París, cuenta treinta millones de almas y dispone de un millón de soldados.» Estas memorias llegan, cuando menos extractadas, á manos del emperador, el cual ordena que se envíe al coronel un cuestionario y, movido por la curiosidad ó por la inquietud, quiere verle, oírle é interrogarle. Pero muy pronto los cortesanos y el mismo príncipe se cansan de aquel hombre tan pródigo en verdades desagradables; creen que el informador es demasiado tétrico para no ser exagerado, demasiado vehemente para ser absolutamente imparcial; y prefieren desconfiar de sus juicios á tener que acusarse á sí mismos. En el ministerio de la Guerra se repite la siguiente frase: «Stoffel es un prusiano á quien el Sr. de Bismarck ha fascinado.»

Esta especie de crisis latente no era obstáculo para que entre los dos pueblos se cambiaran los testimonios oficiales de su buena voluntad; es más, lo mismo en Berlín que en París hubo en aquel entonces superabundancia de discursos pacíficos. El día 29 de febrero de 1868, el rey Guillermo, en la sesión de clausura de las Cámaras prusianas, se felicitó de sus relaciones con to-

das las potencias y del éxito de sus esfuerzos en pro de la paz de Europa; y análogo lenguaje empleó en la apertura del *Reichstag*. Por aquella misma época, el príncipe Napoleón fué recibido en Berlín, no sólo con cortesía, sino además con todas las apariencias de amistad. Al año siguiente el monarca prusiano expresó en estos términos en el acto de inaugurar las tareas del Parlamento: «Mi pueblo puede creer con entera confianza en la duración de la paz.» En Francia se ponía igual atención en calmar los ánimos: «Nada amenaza la paz de Europa,» decía el emperador en 8 de agosto de 1868 en un discurso que dirigió al alcalde de Troyes; en el Cuerpo legislativo, el Sr. Rouher, que era todavía ministro de Estado, ajustaba sus declaraciones á las del soberano; y los altos funcionarios, siguiendo el ejemplo de Napoleón, aprovechaban todas las ocasiones, como banquetes, comicios agrícolas, erección de monumentos, para protestar contra los rumores belicosos. Mas, á pesar de todos estos esfuerzos, los temores populares sólo pasajeramente se desvanecían; y aun sucedía á veces que la idea del peligro se robustecía por la misma persistencia de los poderes públicos en negarlo: «Confío en la paz, decía en una ocasión el general Menabrea en el Parlamento italiano; pero, en verdad, la afirman demasiado, y más creyera yo en ella si de ella menos se hablara (1).»

¿Y cómo era posible que el país se tranquilizara? El rey Guillermo y su ministro proseguían con tranquila perseverancia su obra de absorción. A cada infracción del tratado de Praga se rebelaba el orgullo francés, pero luego la prudencia aplazaba la explosión, y los pequeños incidentes surgían, se calmaban y volvían á surgir, semejantes á menudas chispas que volaban por el aire. ¿Cuál de esas chispas produciría el incendio?

Desde mediados de 1867 Bismarck había tomado la iniciativa de las conferencias para la reorganización del *Zollverein*, habiéndose decidido que los cuatro Estados del Sur nombrarían diputados que se reunirían en Berlín y juntos deliberarían con los representantes del *Reichstag* sobre los asuntos económicos: aquella asamblea se denominaría *Parlamento aduanero*. La resolución era grave y lo pareció más aún gracias á las sugerencias de los periodistas que exhortaban al gobierno del rey Guillermo á ampliar la competencia de los diputados y á someter á su decisión, no sólo las cuestiones comerciales, sino también la mayor parte de los asuntos de orden interior. Los Estados del Sur, por virtud de tratado secreto, habíanse ya subordinado á Prusia desde el punto de vista militar; si, además de esto, establecían la solidaridad de sus derechos civiles con los del Norte, ¿qué faltaría para la unidad? El Sr. Benedetti escribía en 5 de enero de 1868: «La independencia del Mediodía puede llegar á ser una ficción el día en que así le acomode á Prusia.» En París el asunto produjo en un principio cierta emoción; pero luego el gobierno se resignó. En Viena el descontento fué más duradero, y aquella nueva unión aduanera excitó más suspicacias que alarmas había despertado poco antes la divulgación de los convenios militares. Afortunadamente las elecciones que á principios de 1868 se efectuaron

(1) Cámara de diputados, 7 de agosto de 1868 (*Parlamento italiano*, 1868, pág. 4659).



en Baviera, en Wurtemberg y en Baden, no respondieron á las esperanzas del partido unitario; y entonces consideróse verosímil que las atribuciones del Parlamento aduanero quedarían reducidas á su objeto primitivo y que se evitaría, á lo menos de momento, la total absorción.

La condición de los mismos príncipes anexionados fué origen de un rozamiento ligero, ligerísimo. El más importante de ellos era el rey Jorge de Hannover: privado de sus Estados, no por esto se había desprendido de la pompa regia, y retirado en Hietzing, cerca de Viena, vivía allí como desterrado que recuerda y espera; y de su ejército había conservado un cuerpo de tropas que aspiraba á subsistir en tierra extranjera con sus cuadros y su personal, como en previsión de futuros combates. Aquella legión que se había refugiado primero en Holanda y después en Suiza, llegó á principios de 1868 á Alsacia con pasaportes austriacos, cosa contraria á todas las reglas internacionales; en vista de ello Prusia desahogó su mal humor contra el gobierno austriaco que daba asilo al rey Jorge y, sobre todo, que había expedido los pasaportes, y de rechazo é indirectamente contra Francia, que ante una reclamación de Berlín hubo de licenciar á aquellas fuerzas, internando á los oficiales en Brouges y dispersando á los soldados en Champaña. La petición prusiana era legítima y no podía ser denegada sin cometer una incorrección; pero, dado el estado de tensión nacido de los últimos acontecimientos, aquella medida no se ejecutó sin cierto disgusto; en la correspondencia del general Ducrot, comandante en aquella sazón de Estrasburgo, encontramos las señales de este mal humor: «Ha habido en esto, escribía, una pequeña afrenta que habríamos podido evitar adoptando desde el primer día, por nuestra propia iniciativa, la resolución que Prusia acaba de imponernos (1).»

Otra controversia algo más grave tenía su origen en el estado del Slesvig. Se recordará que, á petición de Francia, el artículo 5.º del tratado de Praga había estipulado, en provecho de los slevigenses del Norte, el derecho de decidir por medio de un plebiscito si preferían seguir siendo súbditos daneses ó unirse á Alemania. Desde hacía dos años, Prusia eludía el compromiso; y en 1867, una petición puramente oficiosa del gobierno francés había sido rechazada en términos duros y contundentes, diciendo el gobierno prusiano que Francia no tenía derecho alguno á inmiscuirse en la ejecución de un tratado que sólo Prusia y Austria habían suscrito. El gabinete de las Tullerías, fijo en su actitud paciente y justamente persuadido de que el litigio no valía la pena de promover una disputa, había hecho caso omiso de la descortesía de la respuesta. En el entretanto proseguían, aunque sin grande ilusión, las negociaciones entre Berlín y Copenhague: los negociadores prusianos, hábiles en las objeciones dilatorias, fingían no poder precisar ni los límites de los territorios que habían de ser devueltos, ni los lugares en donde debía ejercitarse el derecho de sufragio, y luego estipulaban para la minoría germánica garantías tan complicadas que casi habría valido más hacer un tratado especial

(1) General Ducrot, *Sa vie et sa correspondance*, tomo II, página 217.

para cada súbdito alemán. En una nota del 9 de diciembre de 1869, Dinamarca hizo constar con tristeza los obstáculos que se oponían á una inteligencia; mas, á pesar de tantos desengaños, quedaba todavía un resto de esperanza en la consideración de que gozaba el emperador Napoleón, y á esto obedeció la venida á París, á principios de abril, de uno de los ministros de Cristián IX. Entonces pudo verse toda la aspereza de una política resuelta á no hacer concesión alguna. En cuanto se tuvo noticia del viaje, una parte de la prensa alemana se desató en palabras violentas contra el gobierno imperial y los círculos oficiosos de Berlín rivalizaron en rechazar todo consejo, toda intervención de Francia, perpetuándose de esta suerte la insignificante contienda que sólo gracias á nuestra prudencia no degeneraba en conflicto.

¿Acabaría por agotarse esta paciencia? Una susceptibilidad inquieta obstinábase en ver en todas partes síntomas de la próxima lucha, y el público francés, en tal disposición de ánimo, daba á todas las palabras pronunciadas allende el Rhin el sentido de una amenaza ó de un presagio. Un día (era el 16 de septiembre de 1868), en lo más fuerte de las transacciones bursátiles, circuló la noticia de que el rey Guillermo había pronunciado en Kiel un discurso belicoso en el que había dicho que en ciertos momentos la necesidad de la guerra se imponía, así á los príncipes como á los pueblos, añadiendo que las mejores garantías de seguridad descansaban en la fuerza de los ejércitos y de las escuadras. Este simple resumen telegráfico introdujo entre los especuladores el miedo que no tardó en convertirse en pánico, y durante una hora se sucedieron sin cesar las ventas de todos los valores por igual arrastrados en la baja. Muy pronto un aviso de la autoridad restableció el verdadero texto de la arenga real, que no tenía nada de conminatoria y á lo sumo era ambigua, y que se refería á las guerras pasadas y no á las complicaciones futuras. Al día siguiente, el mismo monarca prusiano, que se dirigía á Hamburgo, mostró gran empeño en explicar su lenguaje y en despojarlo de toda significación agresiva. Restablecióse la calma después de la corta borrasca y los que más se habían alarmado fueron los que más pronto se burlaron de los temores. Dada aquella excitación nerviosa, ¡cuál no había de ser la influencia de una frase mal comprendida, de un acto mal interpretado! El conflicto nacería á la vez del espanto que no razonaría y de la irritación que no podría contenerse; y encontrando más insoportable que el peligro inmediato la perpetua espera de la crisis, una mezcla de turbación desatinada y de jactancia loca nos arrojaría ciegamente contra el enemigo.

Durante el invierno de 1868 á 1869, otro incidente muy instructivo demostró claramente la fragilidad de la paz. La *Compañía del Este* había adquirido, por virtud de un arreglo amistoso, la explotación de varios ferrocarriles belgas, á saber, los del *Gran Luxemburgo* y los del *Liegés Limburgués*. Es indudable que el proyecto de fusión fué inspirado por Napoleón y que, en la mente del soberano, estaba enlazado con un plan general, cual era promover gradualmente una unión comercial más ó menos estrecha entre Francia y Bélgica. El propósito, aun en tales proporciones, resultaba muy modesto comparado con los que hacía poco ha-

bían transformado á Europa; y sin embargo, al tener conocimiento de él, el rey Leopoldo se alarmó, protestó contra la introducción de una sociedad extranjera en un gran servicio público, negóse á aprobar el convenio y aun hizo votar por las Cámaras una ley que prohibía toda cesión ó enajenación de las líneas concedidas. Aquella negativa causó en París gran indignación y la prensa oficiosa empleó contra Bélgica un lenguaje violento; y en Bruselas no quisieron volverse atrás porque, decían, iba en ello la dignidad y la soberanía nacional. ¿Cuál era el secreto de tan enérgicos ataques y de tan terminantes réplicas motivados por un acto relativamente secundario? ¿Qué causa repentina acababa de «levantar una nube entre dos antiguos amigos,» según la frase usada por el Sr. Malou en el Senado belga? La imagen de Bismarck, indiferente en apariencia, pero presente en todas partes, centrase sobre toda aquella negociación; gracias á él, todo lo que era sencillo hacía complicado, todo lo que era inofensivo convertíase en peligroso. El gobierno belga, aparte de la preocupación muy respetable de su independencia, debió temer que, si cedía á nuestros deseos, Prusia le consideraría como cómplice nuestro; y Francia, á su vez, creía ver en la resistencia á sus propósitos el resultado de consejos extraños y de aquí sus ruidosas quejas que no pasaban por la bondadosa Bélgica más que para llegar de rechazo hasta Berlín. Después de algunas semanas de violentas controversias, quedaron definitivamente descartados los convenios con las compañías y se buscó un medio de transacción en la organización de un servicio internacional. Aquella contienda de escasa importancia, aunque muy apaciguada, había de dejar su enseñanza: en lo sucesivo, dadas las disposiciones recíprocas de los ánimos, no habría debate, por modesto que fuese, del que no pudiese surgir repentinamente la guerra.

### III

En medio de aquel estado de ansioso malestar y de perpetua alarma, prodújose el doble esfuerzo, por parte de los militares para aumentar los recursos de la defensa nacional, por parte de los diplomáticos para concertar alianzas. Este es el momento oportuno de exponer en qué se manifestó este doble propósito y qué influencias hicieron inútiles é ineficaces estas tentativas.

La gravedad de los acontecimientos, la índole de los peligros que eran de temer y las fuerzas del enemigo á quien había que combatir, todo señalaba á los militares el primer lugar; de ellos, pues, hemos de hablar en primer término.

Después de las grandes equivocaciones de 1866, un hombre había encarnado en su persona los presentimientos, las previsiones, las alarmas de la patria; este hombre era el mariscal Niel. Ya hemos visto cómo precipitó los armamentos cuando la cuestión del Luxemburgo, y cómo defendió en el Cuerpo legislativo la ley sobre el ejército, ley cuya eficacia había de depender de la persona que la aplicara. Niel parecía estar á la altura de tan importante tarea: activo por naturaleza, lo era también por previsión de los peligros próximos, y juzgaba que entre Francia y Prusia no existía una paz sólida, sino un simple armisticio. ¿Cuándo sería denun-

ciada la tregua? El mariscal lo ignoraba, pero sentía ansia de estar dispuesto, y una pasión intensa, mezcla de patriotismo y de ambición, le impulsaba á no perdonar esfuerzo alguno en los demás ni en sí mismo y á consumir en aquella empresa todas sus energías hasta el punto de dejar la vida en ella.

El primer cuidado había de ser aumentar el número de soldados, y en este sentido dedicó su atención á la guardia móvil y se consagró á crear los cuadros de la misma, empezando por los departamentos del Este (1). La empresa requería la buena voluntad del Cuerpo legislativo, que había de votar los créditos, y la del país, que había de soportar las cargas; y como uno y otro concurso parecían poco entusiastas, el mariscal vióse precisado á emprender por diversos lados la obra que no podía impulsar activamente. Sin embargo, el número sin el armamento nada significaría; de aquí que uno de los principales cuidados fuera completar la fabricación de los fusiles Chassepot, esa arma nueva recientemente adoptada para la infantería y que en aquel entonces no tenía rival en Europa (2).

Una previsión siquiera mediana aconsejaba estudiar sobre el terreno los recursos de aquellos que tal vez mañana serían nuestros enemigos. Ya en los años precedentes el general Bourbaki había visitado los campos de instrucción del ejército prusiano, y el general Lebrun, durante el otoño de 1867, había recorrido las orillas del Rhin y luego, acompañado del comandante Berge, había ido á Bélgica, al polígono de Brascoet, en donde se realizaban las pruebas de tiro con cañones del modelo alemán (3). En 1868 y 1869 confiése á algunos oficiales la misión de explorar la Prusia y la Baviera renana, de reconocer el Rhin desde Estrasburgo á Dusseldorf y de estudiar la red de caminos que conducían á Berlín. Aquellos oficiales, acreditados unos por la vía diplomática, pero en su mayoría investidos de misiones oficiosas, trajeron de sus viajes trabajos topográficos, fotografías, proyectos de operación y también memorias sobre los recursos de las comarcas que habían recorrido. Los informes, remitidos al depósito de la guerra, fueron sometidos al examen del ministro y algunos comunicados al emperador, y todos, según se afirma, confirmaban los que en aquel mismo tiempo enviaba Stoffel desde Berlín (4).

En los departamentos fronterizos era en donde más necesaria se hacía la vigilancia. Por esta razón el general Frossard, en previsión de una invasión alemana, reconoció é indicó varias posiciones defensivas: en Alsacia, la de Werth; en Lorena, la de Cadenbronn. Por su parte, Bazaine, que á su regreso de México había sido nombrado comandante militar de Nancy, aconsejaba que se fortificara Frouard con algunas obras de campaña y que se formara un vasto campo atrincherao en la meseta de Haye. El más activo de todos los generales era Ducrot, comandante de Estrasburgo; y aun quizás lo era con exceso. Unas veces, vestido de

(1) Véase *Souvenirs militaires* del general Montaudón, páginas 33-35.

(2) Véase el discurso del mariscal Niel en el Cuerpo legislativo, 4 de marzo de 1868.

(3) General Lebrun, *Souvenirs*, pág. 35 y siguientes.

(4) General Jarras, *Souvenirs*, págs. 9-12. — Véase *Revue militaire*, año 1900, pág. 513.